**Entregado por vosotros C:\Users\Alma\Documents\Pío XII 2018\Logo Pío XII chiquito.jpg**

«Cordero de Dios», Jesucristo mismo. Si realmente estuviéramos pensando lo que decimos, no pasaríamos por alto ese último título. Mira de nuevo la lista: Señor, Dios, Salvador, Mesías, Rey, Sacerdote, Profeta y... Cordero.

El cordero no ocupa un puesto muy alto en la lista de los animales más admirados. No es particularmente fuerte, listo, rápido ni hermoso.

Ya al principio, en la segunda generación descrita en el Génesis, encontramos, en el relato de Caín y Abel, el primer ejemplo conservado de un sacrificio. «Caín hizo al Señor una ofrenda del fruto de la tierra, y Abel la hizo de primogénitos de su ganado y de la grasa de los mismos». En el Génesis, los patriarcas estaban siempre levantando altares, y los altares servían principalmente como lugares de sacrificio.

«Por mí mismo lo he jurado [...], porque tú [...] no te has reservado a tu hijo [...]. Yo multiplicaré tus descendientes como las estrellas del cielo [...] y por tus descendientes serán benditas todas las naciones de la tierra» (Gen 22, 16-17). Éste fue el pagaré de Dios a Abrahán.

Los cristianos considerarán más tarde el relato de Abrahán e Isaac como una profunda alegoría del sacrificio de Jesús en la cruz. Hay muchas semejanzas. En primer lugar, Jesús, como Isaac, era el fiel hijo único, amado del padre. Además, como Isaac, Jesús acarreó el leño para su propio sacrificio, que consumaría en un monte de Jerusalén. De hecho, el sitio donde murió Jesús, el Calvario, era uno de los promontorios de la cadena montañosa de Moria. Más aún, la primera línea del Nuevo Testamento identifica a Jesús con Isaac como «hijo de Abrahán» (Mt 1,1).

El Cordero anunciado entre sombras, por supuesto, era Jesucristo, Dios mismo: «ya que en Cristo Jesús la bendición de Abrahán recaería sobre los gentiles» (Gal 3, 14; cf. también Gen 22, 1618).

Cuando Moisés hace su petición al Faraón, una de sus demandas es el derecho de los israelitas a ofrecer sacrificios a Dios (cf. Ex 10, 25).

¿Qué significaban todas estas ofrendas? El sacrificio de un animal significaba muchas cosas para los antiguos israelitas.

• Era un reconocimiento de la soberanía de Dios sobre la creación: «la tierra es del Señor» (Sal 24, 1). El hombre reconocía este hecho devolviendo a Dios lo que en última instancia es suyo. Así, el sacrificio era una alabanza a Dios, de quien proviene toda bendición.

• El sacrificio podía ser un acto de agradecimiento. La creación se le ha dado al hombre como un don, pero ¿qué puede devolver el hombre a Dios (cf. Sal 116, 12)? Sólo podemos devolver lo que hemos recibido.

• Algunas veces, el sacrificio servía como modo solemne de sellar un acuerdo o juramento, una alianza ante Dios (cf. Gen 21, 22-32).

• El sacrificio podía ser también un acto de renuncia y pesar por los pecados. La persona que ofrecía un sacrificio reconocía que sus pecados merecían la muerte; ofrecía la vida de un animal en lugar de la suya propia.

El cordero sacrificado moría a modo de rescate, en lugar del primogénito de la casa. La Pascua, por tanto, era un acto de redención, un «volver a comprar». "Es el sacrificio de la Pascua del Señor, que pasó de largo de las casas del pueblo de Israel en Egipto, cuando golpeó a los egipcios"» (Ex 12,26-27).

Dios pedía también un sacrificio interior. El salmista declaraba que «el sacrificio aceptable a Dios es un espíritu quebrantado» (Sal 51, 17). El profeta Oseas hablaba de parte de Dios, diciendo: «Yo deseo un amor firme y no sacrificio, el conocimiento de Dios, más que víctimas quemadas» (Os 6, 6).

Pero la obligación de ofrecer sacrificios permanecía. Sabemos que Jesús observó las leyes judías relativas al sacrificio. Celebró la Pascua cada año en Jerusalén; y presumiblemente comió el cordero sacrificado, al principio con su familia y después con sus Apóstoles. Al fin y al cabo, no era una cuestión opcional. Consumir el cordero era la única forma por la que un fiel judío podía renovar su Alianza con Dios, y Jesús era un fiel judío.

Pero la Pascua tenía, en la vida de Jesús, una importancia mayor de lo normal; era central para su misión, era un momento definitivo. Jesús es el Cordero. Cuando Jesús estaba ante Pilato, San Juan anota que «era el día de la preparación de la Pascua; era alrededor de la hora sexta» (19, 14). Juan sabía que la hora sexta era la hora en que los sacerdotes estaban empezando a sacrificar los corderos pascuales. Éste, entonces, es el momento del sacrificio del Cordero de Dios.

Vemos entonces que el Cordero de Dios, como el cordero pascual, es una ofrenda cabal, un cumplimiento perfecto.

En el mismo pasaje, San Juan relata que los que estaban mirando sirvieron a Jesús vinagre con una esponja en una rama de hisopo (cf. Jn 19, 29; Ex 12, 22). El hisopo era la rama prescrita por la ley para rociar la sangre del cordero. Así pues, esta simple acción marcaba el cumplimiento de la nueva y perfecta redención. Y Jesús gritó: «está consumado».

¿Qué podemos concluir de todo esto? San Juan nos aclara que, en el nuevo y definitivo sacrificio pascual, Jesús es al mismo tiempo Sacerdote y víctima. Esto queda confirmado por los relatos de la última Cena de los otros tres Evangelios, en los que Jesús usa claramente el lenguaje sacerdotal de los sacrificios y libaciones, incluso cuando se describe a Sí mismo como la víctima. «Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros... este cáliz que se derrama por vosotros es la nueva alianza en mi Sangre» (Lc 22, 1920).

Para expiar las ofensas contra Dios, que es todo bondad infinita y eterna, la humanidad necesitaba un sacrificio perfecto: un sacrificio tan bueno, sin mancha e ilimitado como Dios mismo. Y ése era Jesús, el único que podía «quitar el pecado por el sacrificio de Sí mismo» (Heb 9, 26).

Pero Jesús entró al Santo de los santos el cielo una vez por todas, para ofrecerse a Sí mismo como nuestro sacrificio. Y lo que es más, por la nueva Pascua de Jesús, nosotros, también, hemos sido hechos un reino de sacerdotes y la Iglesia del primogénito (cf. Apoc 1, 6; Heb 12, 23, y compáralo con Ex 4, 22 y 19, 6); y con Él entramos en el santuario del cielo, cada vez que vamos a Misa.

¿Cómo podemos celebrar nuestra Pascua? Nuestra fiesta es la Misa. A la clara luz de la Nueva Alianza, los sacrificios de la Antigua Alianza encuentran sentido como preparación para el único sacrificio de Jesucristo, nuestro Rey y Sumo Sacerdote en el santuario del cielo.

*«Te ofrecemos su Cuerpo y su Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo. Dirige tu mirada sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia [...]»* (Plegaria eucarística IV).

No es suficiente con que Cristo derramase su sangre y muriese por nosotros. Ahora nos toca cumplir nuestra parte. Como en la Antigua Alianza, así en la Nueva. Si quieres marcar tu alianza con Dios, sellar tu alianza con Dios, renovar tu alianza con Dios, tienes que comer el Cordero: el cordero pascual que es nuestro pan sin levadura. Empieza a sonar familiar. «Si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre, no tenéis vida en vosotros» (Jn 6, 53).

Nuestro acto supremo de culto es un acto supremo de sacrificio: la cena del Cordero, la Misa.

**Práctica semanal**: Procuraré asistir **todos** los días a Misa.